

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE BARCELONA

Los portátiles del 12 de la rue de l'Odeon

“En aquellos días —escribe Hemingway en *París era una fiesta*— no había dinero para comprar libros. Yo los tomaba prestados de Shakespeare and Company, que era la biblioteca circulante y librería de Sylvia Beach, en el 12 de la rue de l'Odeon. En una calle que el viento frío barría, era un lugar caldeado y alegre, con una gran estufa en invierno, mesas y estantes de libros [...] y en las paredes fotos de escritores tanto muertos como vivos. Las fotos parecían todas instantáneas e incluso los escritores muertos parecían estar realmente en vida.”

Este verano fui al 12 de la rue de l'Odeon a hacerme una fotografía de esas que cuando esté muerto pareceré vivo. La verdad es que hasta este verano siempre había creído que esa librería

nunca había cerrado y que por tanto la Shakespeare and Company que yo conocía, la que se halla a cuatro pasos de Notre Dame y es regentada por un mítico librero tuberculoso, era la misma que la de Sylvia Beach. Grandísimo equívoco, aunque la verdad es que, sospechar, siempre sospeché algo, pues en todas las ocasiones que había pasado por la falsa Shakespeare and Company me había parecido que algo no cuadraba y ese algo era la extraña ausencia de un balcón que había visto en fotografías de los años veinte: ese balcón de la primera planta del inmueble al que se encaramaba con frecuencia el músico George Antheil cuando perdía las llaves de su apartamento y entraba entonces por la ventana.

De la existencia de ese balcón también sabía por un libro de Noel Riley Fitch sobre Sylvia Beach y la generación perdida: “Cada vez que olvidaba la llave, George, ante el regocijo de los vecinos, trepaba hasta su balcón

apoyándose en el letrero de Shakespeare and Company. Cuando venía alguien a la tienda preguntando por él, Sylvia salía a la puerta principal y le llamaba. En esa habitación, por la que le pagaba a Sylvia trescientos francos al mes, compuso su *Quinteto*, dos sonatas para violín, el celeberrimo *Ballet Mécanique* y otras piezas menores.”

Este verano por fin vi, no como hasta entonces de forma tan equivocada, Shakespeare and Company o, mejor dicho, vi esa “calle que el viento frío barría” y vi el 12 de la rue de l'Odeon donde había estado de verdad la mítica librería y por fin vi de verdad el balcón al que se encaramaba Antheil y al que simulé escalar para que mi mujer me hiciera una foto que guardo como oro en paño, pues me he pasado media vida buscando el balcón para imitar —aunque fuera sólo simulándolo— la gesta escaladora de mi admirado Antheil, al que, a mediados de los años ochenta, convertí en uno de los héroes de un libro que escribí sobre conspiraciones de artistas especializados en viajar con maletas donde cabía perfectamente toda su ligera obra artística portátil: “George Antheil vivía en el apartamento de dos habitaciones que había encima de la librería y solía entrar en su casa por la ventana escalando la fachada del establecimiento. Según cuenta Sylvia Beach, en su mediocre libro de memorias, cada viernes tenían los conspiradores una cita en la librería y, de vez en cuando, se incorporaba algún que otro nuevo miembro de la sociedad de conjurados. Y según parece fue también el inventor del método de encontrar artistas portátiles por las calles de París...”

En mi libro Antheil se paseaba por las calles de París repartiendo, en perfecto silencio y con gestos de conspirador, el alfabeto manual de los sordos. Junto al alfabeto había unas instrucciones a primera vista incomprensibles pero que, si eran bien estudiadas, acababan adquiriendo sentido y conduciendo a la persona que las descifraba hasta la librería de Sylvia Beach, donde era abordada por Blaise Cendrars, peatón aparentemente distraído, que le

hacia esta sencilla pregunta: “¿Es usted sordo?” De ahí a pasar a la conspiración de los *portátiles* había un solo y certero paso.

Este verano me planté con mi mujer ante el 12 de la rue de l’Odeon y me hice la fotografía de mi simulacro de escalada y recordé así al Antheil que había vivido allí y también al Antheil que fue mi personaje, al Antheil al que yo había adjudicado el papel de inventor del método de encontrar artistas portátiles. Había ya dado por terminado mi privado homenaje cuando vi que un transeúnte, un hombre que probablemente había rebasado la edad de setenta años, nos había estado observando y se acercaba ahora a nosotros con aire conspirador. Por un momento, me dejé llevar por ciertos delirios de grandeza e imaginé que aquel transeúnte conocía mi obra e iba a hacerme una sencilla pregunta: “¿Es usted sordo?”

“¿Admiradores de Joyce?”, nos preguntó. Aquel hombre se parecía bastante a mi abuelo, aunque el corte de sus ojos era oblicuo, hacia arriba. Podía ser que acabara de leer la placa que junto al balcón de Antheil informaba de que allí fue editado en 1922 el *Ulises* de Joyce y que estuviera utilizando esto para ganarse nuestra confianza para algún asunto turbio o trivial, no se sabía, lo más probable era que estuviera solo en la vida y buscara conversación. Decidí complicarle algo más la posibilidad de entablar relación con nosotros. “No estamos aquí por Joyce, sino por la antigua librería de este lugar”, dije con el ánimo de sacármelo pronto de encima. Se quedó pensativo unos momentos. “Hacemos muchas tonterías”, dijo de pronto el hombre en un tono entre plúmbeo y reflexivo. “Y la única forma de dejar de hacerlas es hacerse viejo rápidamente. Yo estoy en eso”, añadió. La frase me sonó a una que decía Orson Welles al final de una película. Pero eso era lo de menos. Me pareció que debía cortar por lo sano, indicarle a mi mujer que nos marcháramos de allí. “Me di-



George Antheil escalando Shakespeare and Company.

vierito mucho envejeciendo, porque estoy ocupado todo el rato”, dijo el hombre. Parecía que se hubiera aprendido de memoria un monográfico sobre la vejez. Encontré irritante su actitud. “Pocas personas saben ser viejos”, le dije. Y luego miré a mi mujer para que colaborara en la huida. “Esperen”, dijo el hombre, “les he estado observando, he visto la foto que han hecho, ya sé a qué han venido aquí, no son admiradores de Joyce sino del inventor de los móviles, del inventor de los teléfonos portátiles, ¿no es así?”

Por muy asombroso que fuera, ¿se estaba refiriendo al inventor del método de encontrar artistas portátiles por la calle? No parecía que hubiera hablado de eso exactamente, más bien se había referido a teléfonos portátiles. Creía entender bien su francés, pero tal vez no era así. “¿Portátiles?”, dije tratando de salir de dudas antes de salir corriendo de allí.

“Veo que no saben de qué les hablo”, dijo con repentina, tal vez involuntaria,

voz de conspirador. “No mucho”, susurré, “no mucho”. “De George Antheil”, dijo cambiando de voz, ahora con un tono contundente, impropio de un conjurado. Mi mujer parecía mirarle con ternura y escuchar con asombro e interés lo que el hombre nos decía.

“¿Qué saben ustedes de Hedy Lamarr?”, nos preguntó a bocajarro. “Fue la actriz más guapa de su época, siempre me dijeron que mi madre se parecía a ella”, contestó mi mujer, que parecía divertida con aquel extraño encuentro. “Su vida fue muy interesante”, dijo el hombre, “triunfó en Hollywood y después inventó con Antheil los teléfonos portátiles”.

Casi no podía yo dar crédito a lo que estaba oyendo. De ser aquello cierto, la realidad se adelantaba siempre a la ficción. Y la verdad era que todo aquello parecía cierto, no había signo alguno de demencia en aquel

hombre que, además, a medida que hablaba iba revelando una agradable personalidad.

“Una tarde, durante la Segunda Guerra Mundial”, se puso a contar el hombre y por poco nos hipnotiza, “mientras estaba sentada al piano con George Antheil, Hedy Lamarr tuvo la idea de aplicar alguna de las técnicas musicales de George al control remoto de los misiles de guerra...”

Al volver a Barcelona, pregunté, investigué y he podido saber que es absolutamente cierto todo lo que nos contó aquel hombre, allí de pie, en aquella calle que en la época de Hemingway “el viento frío barría”. En efecto, la actriz y Antheil inventaron el “conmutador de frecuencias”, que permitió la aparición de los teléfonos portátiles. Lo inventaron en los días en que una radioseñal emitida a una determinada frecuencia por las tropas americanas para controlar un torpedo podía ser fácilmente interceptada y bloqueada por el ejército alemán. Antheil y Lamarr se preguntaron

por qué no emitir entonces a distintas frecuencias, una en cada intervalo de tiempo, y según una secuencia que pudiera variar en cada ocasión.

La idea, simple, requería, sin embargo, una solución práctica. Para ello Hedy y George, que pasaron largas veladas sentados en una alfombra del recibidor de la mansión de Hedy simulando distintos ingenios con cerillas y una cajetilla de plata, diseñaron un dispositivo inspirado en los rollos perforados de las pianolas y en las cacofonías de algunos experimentos musicales de Antheil, sobre todo en su *Ballet mécanique*, escrito en la rue de l'Odeon y donde dieciséis pianolas sonaban simultáneamente en una misma sala, sincronizadas por ese tipo de mecanismo. El invento es complicado de describir, pero lo cierto es que lograron inventar unos rollos perforados que sincronizaban y conmutaban sus frecuencias y hacían ininteligibles sus mensajes a los intrusos alemanes que intentaban interceptarlos. Hedy y Antheil contribuyeron decisivamente a la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Después, el invento fue olvidado por un tiempo, parecía difícil aceptar la idea de que una pianola dentro de un torpedo había ayudado a resolver el conflicto bélico. Hasta que nuevos avances de la técnica acabaron por redescubrir al conmutador de frecuencias que daría paso a la telefonía móvil. Así pues, Antheil, en colaboración con Lamarr, fue el precursor de los teléfonos portátiles. Nuestros móviles nada serían sin el 12 de la rue de l'Odeon, donde Antheil se dedicó a la poética de las pianolas del arte portátil.

“Para que luego digan que el arte no sirve para nada”, concluyó el transeúnte. Le propusimos que se quedara a almorzar con nosotros, todavía nos quedaban muchos cabos por atar de su historia. “No puedo acompañarles ni demorar-me más, lo siento, otro día será”, dijo en un tono exquisitamente educado, “precisamente voy ahora a comprarme un teléfono portátil que me urge y temo que me cierren la tienda, otro día, señores, otro día”.

Dijo esto y siguió su camino, siguió

descendiendo por una rue de l'Odeon, a la que aquel día de verano un aire cálido, que parecía trasladar aquel hombre, barría de arriba abajo. Pronto desapareció de nuestra vista, dobló una esquina y en ese momento sonaron las campanadas de una iglesia cercana. Me pareció que daban la hora para todos los teléfonos portátiles del mundo: sonoro hierro oscuro. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

GENÉTICA

Clonación: hacia una raza de inmortales

Los demonios y los disparates en nombre de la ciencia están sueltos. En su edición de enero, la revista *Vanity Fair* dedicó su “salón de la fama” a dos ilustres científicos por su contribución al problema de la capa de ozono. Sin embargo, mientras que en la fotografía aparecen los verdaderos detectives de la química atmosférica, Sherry Rowland y Mario J. Molina (*ozone sleuths* los llaman), en el texto se hace la apología de Joe Farman y Jon Shanklin, cuya aportación a esta disciplina es posterior y secundaria con respecto al trabajo seminal de aquéllos. Ese mismo mes, durante una conferencia de prensa por la aparición de su última novela, el escritor Fernando Vallejo anunció que, en efecto, era la última y prometió dedicarse a “desenmascarar” a Newton y Einstein. Aseguró haber acabado ya con Darwin. Finalmente, la empresa Clonaid, a través de su directora, la doctora Brigitte Boisselier, informó del nacimiento de los dos primeros bebés producto de la clonación artificial que su empresa ofrece.

Si creíamos que la incompreensión pública de la ciencia había tocado fondo con el asunto de los organismos transgénicos de interés para la agricultura, estos acontecimientos, revelaciones y manifiestos nos devuelven a la cruda realidad. No es fácil tragar la píldora escéptica, agnóstica, fáctica de la ciencia, cuya raíz amarga sigue ocasionando pesadillas a los animistas y prelogicos. El desliz de *Vanity Fair*, las

tareas de Vallejo y las promesas de inmortalidad que nos ofrecen no sólo Clonaid sino la propia genética molecular no parecen apartarse del esquema dirigido por el apetito tecnológico indiscriminado, por la compulsión de vender y adquirir notoriedad.

Ciencia prometeica como pocas, la genética de nuestros días y sus biotecnologías tienen un sino trágico. Gregorio Mendel vivió desde temprana edad en un monasterio de Brno, parte de Moravia en aquel entonces, rechazado sistemáticamente por sus colegas de la enseñanza. Ahí descubrió las leyes de la herencia y murió sin pena ni gloria en enero de 1844. A pesar de lo que se cree, su fama se debe menos a su largo y riguroso trabajo científico —según el biólogo molecular François Jacob, equiparable a la introducción de la mecánica estadística en la física— y más a la forma como fue manipulado por otros para imponer sus propios puntos de vista. Así sucedió durante la disputa entre Carl Correns y Hugo de Vries en 1900, quienes habían llegado medio siglo después a las mismas conclusiones que el monje de Moravia. Con Mendel, los fenómenos biológicos adquirieron el rigor de las matemáticas.

Luego del descubrimiento de la estructura del ADN por Crick y Watson, en marzo de 1953, la genética dio un paso similar al que la física había dado cuando Galileo demostró que las ideas aristotélicas sobre el movimiento de los objetos estaban equivocadas. La explicación de fenómenos naturales mediante conceptos sencillos y experimentos reproducibles, a la manera de la física, alcanzó durante los años de 1960 un área que nos concierne a todos y que, no obstante, se había mantenido en el terreno de la especulación, evitando la navaja de Occam. Me refiero a la biología. Finalmente esta disciplina aceptó someterse al escrutinio del reduccionismo estricto. La genética, por ejemplo, creó una alianza estratégica con la química, lo cual potenció el enorme trabajo que estaban llevando a cabo los biólogos celulares. Esto la ha elevado a un estadio envidiable, pues

todo lo que hace nos atañe profundamente, puede generar grandes riquezas y tendrá una resonancia inédita en la evolución de las especies, así como en la conducta humana.

No es extraño que dos ciencias jóvenes como la economía y la genética se parezcan tanto. Ambas abrevan en el mismo estanque de los organismos y las poblaciones dinámicas. Impetuosas y arrogantes, las dos tendrán que seguir explorando los caminos de la ciencia abierta, seria y responsable, evitar la especulación y el lucro espurio asociado a ésta, so pena de caer en el descrédito.

Hasta ahora Clonaid sólo ha mostrado fantasmas, arguyendo que debe proteger a los padres y a los recién nacidos. Si logrará o no atraer la atención de inversionistas, parejas estériles deseosas del bebé soñado, homosexuales con un profundo deseo de tener descendientes con sus propios genes o de cualquiera que sueñe con ser clonado y empezar a buscar la inmortalidad, se verá pronto. Imitar a la naturaleza no es nuevo. La clonación es tan natural como todo artefacto inventado por los humanos, animales, bacterias y virus. Por ello cualquier discusión sobre su posible maldad o bondad es, en principio, retórica.

Las técnicas avanzadas de reproducción artificial serán, como el átomo, lo que queramos que sean. ¿Buscamos un átomo verde o un átomo asesino? ¿Queremos una genética al lado de la medicina que aún hoy cura a tías o una técnica exclusiva y cosmética? Pero esto no parece estar claro ni para la sociedad ni para los legisladores. Tampoco parece que las técnicas fiables se encuentren a la vuelta de la esquina, excepto que Clonaid nos demuestre lo contrario. La genética, incluso la más frívola y comercial, será una realidad cuando resolvamos el enigma de la evolución que llevamos dentro. Mientras tanto, es muy probable que los intentos terminen como la pobre cordera *Dolly*, quien languidece en el instituto escocés de Rosslin, sobre las lomas de Lothian. Muy cerca de allí aún se encuentra la enigmática capilla construida en el siglo XV en memoria de los caballeros

favoritos del rey Malcolm y de los templarios que creyeron en el Santo Grial y en la vida del mundo futuro. Veamos si alguien ha encontrado, al menos, la fuente de la eterna juventud. —

— CARLOS CHIMAL

LECTURAS

Lugares comunes

Los lugares comunes son inagotables, no dejan de renovarse. Siempre habrá quien descubra a Unamuno y se apoye en él al sostener en prueba de feminismo, no crean que no, que las mujeres son más rápidas que los hombres porque éstos se demoran en pensar, mientras que las mujeres se precipitan por instinto. O quien insista en aquello de que los escritores, encerrados en un mundo de fantasía, no son fiables a la hora de opinar sobre realidades.

Si los lugares comunes no se emplease con frecuencia no serían lugares comunes, pero el abuso sobresalta. Un poeta asiste con puntualidad a congresos, desde hace cuarenta años; usa estas trivialidades como los aedos griegos usan los epítetos: para ahorrar trabajo. Entonces pueden entretener a oyentes que gusten de su caza. He aquí mi botín, referido a León Felipe: huérfano cazador en las lides del mundo... rendido de fatiga... a merced del destino... las esencias profundas... el sayal de los suplicantes. A veces uno agradece la aparición, no de un lugar común, sino de una audacia privada: Whitman, el más poderoso creador de todos los tiempos... o “El payaso de las bofetadas”, el más importante poema de la literatura española.

Pueden ser contagiosos. En la misma ocasión coseché, en otro maizal, estos otros: doblar la espina dorsal... el suelo bajo los pies... a lo ancho y a lo largo... el poeta debe ser un servidor de su pueblo... En ese momento me desperté sobresaltada del embeleso: Einstein cargaba con la sonrisa de un gato ausente, ausente también Shrödinger. Como decía Bergson, reactualizado por Prigogine, la realidad no es sino un

caso particular de lo posible.

¿No produce un placer suplementario, en medio del normal discurrir narrativo de una novela (aunque se complazca en ciertas proliferaciones y desvíos), dar con una información inesperada, que nos proyecta lejos de la lectura, ganándonos un breve campo de libertad no previsto por el autor? No es desaire; apenas el derecho de recuperar por un momento las ofertas de nuestro propio laberinto. Algo como encontrar el haba de la rosca de Reyes que une el simpático dedo del azar y el compromiso futuro que implica. Cito un ejemplo, el más reciente: en *El canto del ser y del parecer*, de Cees Nooteboom, me detengo en un dato: el padrino de una boda va a tener, entre otras responsabilidades, la de afeitarse o hacerle la barba al novio. Me distraigo del relato, que transcurre en ese mundo *mitteleuropeo* conflictivo, pulverizado por guerras, reaglutinado mediante tratados inhumanos y, tras reflexiones no previstas sin duda por el autor, voy recorriendo distancias astrales hacia el hoy, para situarlo en un plano más íntimo, el de las costumbres perdidas, los rituales y simbolismos abolidos.

Como el Padre Brown, el detective de Chesterton, que para dar con alguien en una ciudad se introduce en casas desde donde algo inesperado lo atrae, suelo ser llamada, entre los libros de una biblioteca o de las librerías, por títulos donde centellea una palabra que desconozco o que aparece y desaparece de mi horizonte sin darme tiempo a capturarla, profundizarla, apropiármela, elemento venido de la vasta bodega donde se organiza mi problemática ignorancia.

A veces, con mucha suerte, el libro íntegro es esa trampa subyugante, desviación del todo inesperada. *El gran incendio de Londres* (perdón, es una novela de 1989), en ausencia, se expande como la propia catástrofe ígnea, por un libro de 412 páginas e índice. (Seuil no tiene la simpática costumbre de señalar el tipo de letra, pero es pequeño, con inserciones más pequeñas aún.) Como es de Jacques Roubaud, si bien estoy navegando en otras aguas, no me dejo

intimidar. Empiezo una lectura, quizás algo distraída, hasta que descubro su plan sterniano y oulipesco, pero resuelta a no confirmar mi sospecha mediante el tramposo recurso de deslizarme hacia el fin. Tampoco voy a proponerlo aquí: estamos en otra circunvalación... y recordarán cuál si les digo que encuentro —con regocijo cómplice— un casi tratado (más de siete páginas) sobre las jaleas, y más específicamente sobre la de acerola, fruto rojizo del acerolo, algo como una manzana en miniatura, que por esto mismo —concentración en poco volumen de los elementos esenciales para una jalea, cáscara y semillas, y la poca pulpa consiguiente— da un resultado exquisito. Puede resultar misteriosa a otros, no a mí, por modestas razones: al menos en un tiempo, se cultivaba, aunque yo le atribuía un carácter casi salvaje, en la confluencia granjera y verde de dos costas uruguayas.

Pero las alegrías que me depara *El gran incendio...* no están relacionadas sólo con el arte y la tradición culinaria. No resultan extrañas las referencias a Alicia y sus líos con una Reina histérica en un autor serio y oulipiano. Pero A.A. Milne, el simpático autor que convirtió a su hijo Christopher Robin en el personaje infantil de varios libros, con Winnie-the-Pooh y otros amigos, no ha dado el salto hacia la gran crítica. Celebro, pues, el análisis rítmico que Roubaud hace de uno de los excelsos diálogos entre Pooh y Piglet, cosa que no debe sorprender en un especialista en los versos de arte mayor de la Edad Media española. —

— IDA VITALE

POLÍTICA

El fabulista de Pyongyang

Se avergüenza de su metro con sesenta y dos centímetros y los esconde con discretos zapatos de tacón. Le gusta pintarse el pelo y luce un corte que es más eléctrico que esponjoso. Teme viajar en avión, bebe coñac caro y ama el cine de terror (nada como *Viernes 13*, parte 7, opina). En sus mocedades, se

especializó en la composición de conmovedoras obras musicales. Dos de las más reconocidas son la enérgica *Mar de sangre* y la dulcísima *Niña de la flor*. Con el paso de los años, aquel muchacho siguió enamorado de la música. A últimas fechas, se ha vuelto un experto organizador de eventos melódicos masivos. Ahora, sin embargo, los temas florales han quedado atrás. Las canciones que se escuchan en Pyongyang, en esos días de fiesta, tienen otros nombres. *El líder siempre estará con nosotros* o *Mi país bajo el sol del partido* son sólo dos de las baladas



Kim Jong Il: la amenaza nuclear bañada en coñac.

que endulzan los oídos del personaje regordete que se ha convertido, en los últimos tiempos, en uno de los genuinos dolores de cabeza del mundo: Kim Jong Il, el dictador de novela de Corea del Norte.

La excentricidad de Kim Jong Il explica su peligrosidad. Hijo de Kim Il Sung, el dictador impuesto por la Unión Soviética en 1945, Kim es un experto en la construcción de su propio mito. Aunque es sabido que nació en un cuchitril en Vladivostok durante el exilio de su padre en 1941, el cacique norcoreano se ha encargado de reescribir la historia. Los famélicos niños que asisten (a oscuras) a las escuelas en Corea del Norte aprenden rápidamente la leyenda del nacimiento del “Gran líder”: dentro de una hermosa cabaña, en el pico de una montaña sagrada, rodeado de aves celestiales y cobijado por un majestuoso arco iris (doble, para mayor

efecto) y una solitaria estrella en el firmamento. No se entiende muy bien cómo es posible que, en esa noche legendaria, aparecieran un arco iris y una estrella, pero esos detalles astronómicos no importan cuando se trata de sacarle brillo a una fábula.

La infancia de Kim Jong Il estuvo marcada por el profundo desprecio de su padre (“lo trataba como a un perro”, recuerdan quienes vieron juntos al palo y su astilla). Y es que, a decir verdad, alguna diferencia había entre ambos.

Kim Il Sung podrá haber sido un títere de Moscú, pero también fue un verdadero héroe de guerra: combatió con bravura contra los japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, el joven Kim se dedicó menos al aprendizaje o al heroísmo que a la fiesta, las mujeres y el alcohol. Profundamente inseguro, el príncipe heredero trató de ganarse el favor de su padre a través de aquellas memorables puestas en escena musicales y, años después, gracias a su otro gran talento: la consecución de prostitutas rubias (de preferencia bailarinas suecas)

para estructurar lo que Kim llamaba, con particular astucia verbal, “equipos de placer”. Las suecas se encargaban de mantener satisfechos a los lujuriosos y se convirtieron, gracias al noble ejercicio de la promiscuidad, en la llave de entrada al poder para el joven Kim Jong Il.

El líder de los “equipos de placer” se convirtió en líder del pueblo norcoreano a mediados de los noventa. A la muerte de Kim Il Sung, el hijo predilecto tomó las riendas de un pueblo que se veía sujeto a un proceso de hipnosis. En un ejercicio cercano a la antiutopía orwelliana, la sociedad norcoreana fue forzada a referirse a Kim como “Gran líder” (a Kim Il Sung le decían “Querido líder”: algo de Maquiavelo habrá leído el hijo). Después de su bautizo megalómano, y a falta de recursos intelectuales, Kim optó por recurrir a la ficción que tanto amó en su juventud. Corea del Norte es la tierra de los

mitos. Por ejemplo: entre muchas otras perlas por el estilo, los jóvenes que ingresan a la milicia norcoreana reciben una advertencia: de ser capturados por los Estados Unidos, los *marines* no tardarán en chuparles la sangre.

Los norcoreanos tuvieron que acostumbrarse al efectivo y omnipresente efecto de la propaganda del greñudo Kim. La radio norcoreana se reduce, para cualquier consideración práctica, a la frecuencia única y laudatoria del “Gran líder”. “La bocina”, como se le conoce, es, según el columnista del *New York Times* Nicholas Kristoff, un “cordón umbilical electrónico”. El aparato, que no tiene otra estación más que la que se dedica a definir a Kim como “el mayor de los hombres hechos en el cielo”, está en la mayoría de las casas norcoreanas y es ejemplo cacofónico de las gruesas cadenas impuestas por un dictador de leyenda. Kristoff, uno de los pocos periodistas de Occidente que se han paseado por las sombrías calles de Pyongyang en los últimos años, se declara asombrado por la efectividad de la hipnosis creada por Kim: “Fue aterrador entrevistar a grupos de norcoreanos y escucharlos alabar a Kim Jong Il al unísono, como robots sincronizados.”

Quizá la sorpresa de Kristoff radica también en la comparación entre la eficacia de Kim como titiritero y el estado de la sociedad norcoreana: las cifras de pobreza y muerte por inanición son alarmantes. Tras las inundaciones de 1995 y 1996, Corea del Norte cayó en una espiral de pobreza que parece no tener fin: en 1997, según un estudio de la Unicef, más de ochocientos mil niños sufrían de severa desnutrición y al menos cien mil estaban en peligro de morir. Para el 2001, el propio gobierno de Pyongyang había admitido la muerte de cerca de 250,000 personas por inanición (según la CNN, las cifras podrían haber alcanzado los dos millones, un trágico 1% de la población total). Los estudios más recientes indican que una tercera parte de los veinticuatro millones de norcoreanos viven en severo riesgo: el resto, por desgracia, no se queda muy atrás.

Y, mientras tanto, ¿qué hace Kim Jong Il? Además de las noticias sobre la hambruna norcoreana, el dictador se ha encargado de poblar los diarios del mundo con sus propias anécdotas. En plena crisis alimentaria de su país, Kim decidió comprar varios hornos para poder comer la auténtica pizza milanesa. Junto con los hornos llegaron a Pyongyang dos chefs italianos. Uno de ellos, que resultó ser un escritor en ciernes, relató su experiencia en un delicioso artículo llamado “Yo hice pizza para Kim Jong Il”. Pero eso no es todo. Kim también se dio el lujo de pedir doscientos Mercedes Benz Clase S, con un costo total de veinte millones de dólares. Además, a mediados de los noventa, Kim se convirtió en noticia cuando la firma de licores Hennessy lo identificó como su cliente favorito: cuando de coñac se trata, Kim prefiere Hennessy Paradis, que cuesta (y no particularmente en La Europea) cerca de siete mil pesos por botella.

Si todo se quedara en la historia de un lunático aislado, el problema no sería tan grave. Lo que ocurre es que Kim ha decidido salir a pasear. Quizá alentado por la gravedad de su propia situación (China, principal soporte de Corea del Norte, poco a poco la ha dejado sola), Kim necesita negociar. Y no tiene nada que perder. En uno de sus abundantes momentos de lucidez, el presidente Bush ha dicho que “detesta” a Kim Jong Il (“el tipo es un pigmeo”, remató el tejano favorito del mundo). Ya que es parte del Eje del Mal, Kim no tiene otra opción que mostrar su capacidad militar. Pero Kim no es Saddam: años de sanciones probablemente han impedido que Hussein se arme como él quisiera. Corea del Norte es otra historia. Entre misiles nucleares que podrían llegar hasta Alaska (sin hablar de Japón o Corea del Sur) y la capacidad para vender material radiactivo a algún grupo terrorista, Kim Jong Il es un peligro real. Para contenerlo se necesita astucia y tacto diplomático. El reto es grande. Y el muchacho resentido de Pyongyang no tiene mucha paciencia. ¿Hora de coñac? —

— LEÓN KRAUZE

POLÍTICA

Los límites de la política exterior de México

De un tiempo para acá, el debate sobre la relación entre México y Estados Unidos ha cobrado un vigor inusitado. Es una discusión vieja, pero los cambios que han ocurrido en México y el mundo en los últimos años le han dado un sentido completamente distinto al debate. La discusión está en curso todavía, así que no pretendo proponer conclusiones para el debate en general, sino resaltar un elemento central que muchas veces pasa inadvertido, oculto entre los análisis de coyuntura. Voy a abordar dos de los límites de la política exterior de México: la coyuntura internacional y la evolución de la sociedad mexicana.

Los límites que imponía la coyuntura internacional han cambiado mucho. Durante la Guerra Fría, los europeos orientales solían decir que los soviéticos, más que sus amigos, eran sus hermanos, porque a los amigos se les podía escoger. Porfirio Díaz, un tanto más lacónico pero con un espíritu similar, pronunció una frase que durante buena parte del siglo xx mexicano se volvió una excusa y un lamento: “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”. La vecindad con Estados Unidos era, desde esta perspectiva, una tragedia o un infortunio, pero nunca una oportunidad. Este espíritu de confrontación dominó buena parte del siglo pasado y quizá tenía sentido entonces, pero actualmente, más de una década después del establecimiento de la hegemonía estadounidense, resulta insostenible.

Junto con el auge de Estados Unidos vino una nueva escala de valores: en lugar de la defensa de la soberanía, la nueva prioridad de los Estados es la defensa del bienestar de sus ciudadanos. Ante el colapso del bloque socialista, la democracia, los derechos humanos y el mercado dejaron de ser parte de una ideología en competencia para convertirse en ejes rectores del sistema

internacional. Este cambio en el contexto internacional entraña la necesidad de mantener una relación fluida con los centros de poder económico del mundo, pero limita el acceso a quienes cumplen con una serie de características mínimas de apertura política y económica. En el nuevo sistema internacional, el costo de enfrentarse a la potencia hegemónica y sus “protegidos”, sean Estados o miembros de la sociedad civil, se ha incrementado exponencialmente, al igual que los beneficios potenciales de cooperar con ellos. México no puede darse el lujo de romper con esta nueva escala de valores; por eso éste es el primer límite.

Las consideraciones de política interna tienen su propio peso también. Así como las sociedades no se crean ni se transforman por decreto, la política exterior de un país debe lidiar con tendencias sociales, económicas y políticas que tienen una dirección y un ritmo propios. En esta área, como en todas las demás, las políticas públicas que no tomen en cuenta la realidad social en la que se están ejecutando están condenadas al fracaso.

Esta limitación le sentaba muy mal al viejo régimen porque el nacionalismo revolucionario, construido sobre la defensa de la nación mexicana frente a fuerzas enemigas externas, era particularmente incapaz de incorporar a su discurso la cambiante realidad de la relación con la superpotencia. ¿Cómo conciliar la retórica nacionalista —que incluía, entre otras cosas, el mito de un grupo de jóvenes cadetes que murieron resistiendo una invasión estadounidense— con la creciente dependencia económica y cultural de México con Estados Unidos? La metáfora del enemigo en la frontera funcionaba bien para apuntalar la legitimidad del régimen, pero no servía para explicar lo que de hecho estaba pasando. En la imaginación del nacionalismo revolucionario, la frontera era una cicatriz, un símbolo de rivalidad y recelo, pero en la práctica semejava más una puerta entreabierta que, conforme fue pasando el tiempo, más y más mexicanos se empeñaban en cruzar.

Actualmente, nadie niega la importancia que tiene Estados Unidos para México y el nivel de integración entre ambas sociedades, pero apenas estamos empezando a comprender la magnitud del fenómeno. La mayor parte del comercio y la inversión que recibe nuestro país se origina en el país vecino y se estima que ocho millones de ciudadanos mexicanos viven y trabajan en Estados Unidos actualmente, produciendo valiosísimos recursos para ambas sociedades. Caminando por las calles de Los Ángeles o Chicago se puede sentir el peso de las comunidades culturales que se están formando, estrechando los lazos entre ambos países. Después de varias décadas de intentos de diversificación frustrados, la relación con Estados Unidos sigue siendo la más importante que tiene México; por eso éste es el segundo límite. —

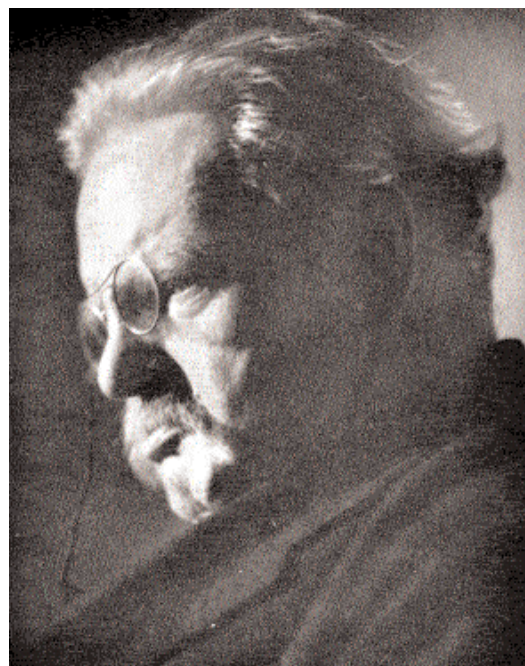
— JAIME LÓPEZ-ARANDA TREWARTHA

TERRORISMO

Chesterton vs. Bin Laden

Se me antoja una fantasía chestertoniana. ¿Por qué, en lugar de misiles balísticos, agentes de la CIA o venablos retóricos, los países buenos no sueltan una de estas noches sobre las cabezas de los malos, Osama Bin Laden y sus soldados islamistas, digamos que en algún punto de la frontera entre Afganistán y Pakistán, un millón de ejemplares del *El hombre que fue jueves*? El libro fue pensado para ellos hace un siglo. La constatación pudiera derrotarlos antes que la tecnología.

Chesterton fue acusado de haber elaborado un genial apólogo cristiano. Gran error. Escribió —ello queda por fin muy claro después de las Torres Gemelas— un manifiesto de la ambigüedad. La ambigüedad, única bestia que no embiste de frente, es la deslegitimación última del terrorista. *El hombre que fue*



Chesterton, ¿antídoto contra el terrorismo?

jueves puede ser el arma que desmoralice de una vez por todas a Osama Bin Laden, hecho para bestias que embisten de frente.

¿Qué descubriría el terrorista saudí echando un vistazo a la obra maestra del inglés? Descubriría que, como los anarco-terroristas del “Consejo de los Días”, él y sus secuaces son la ironía del libre albedrío y de la naturaleza, que permiten al individuo odiar y violentar la libertad. El anarquista que arrojaba bombas contra la humanidad cuando el libro fue escrito las sigue arrojando hoy gracias, precisamente, a esa ironía, que en la pluma surrealista, casi fantástica, de Chesterton llega a ser burla insoportable: el enemigo de la libertad prueba, con su mera existencia, la idea de la libertad, del mismo modo que el enemigo de la naturaleza —o de Dios— prueba la existencia y la superioridad del bien porque ejerce la opción que el ser supremo le permite tentadoramente a sabiendas de que le es contraria.

Los últimos capítulos de la novela son un shock de ambigüedad capaz de electrocutar al más aislado de los cuerpos. Durante su correría laberíntica por Inglaterra y Francia para abortar el atentado contra el zar, Gabriel Syme

descubre que los otros miembros del Consejo en el que se ha infiltrado son, como él, detectives encubiertos. Por fin revelados los rostros que velaban las máscaras, todos juntos se abocan a cazar al jefe, el temible Domingo, en quien sorprenden la misma ambigüedad: resulta ser el jefe policial que en su día los reclutó, uno a uno, apareciendo ante ellos como una voz envuelta en la oscuridad de una habitación que no dejaba ver su cuerpo, para que infiltraran el Consejo que ha acabado entera, absurdamente compuesto por detectives encubiertos a órdenes suyas. La angustia de uno de los siete al conocer la verdad —“me gustaría saber por qué he sufrido tanto”— recibe en otro momento, en boca de Syme, una respuesta que, de leer la novela, la conciencia de Osama Bin Laden no soportaría ni un instante: “Para que cada cosa que obedece la ley pueda tener la gloria y la soledad del anarquista”. El enemigo de la libertad no sólo es la ironía de la libertad, que le permite existir para que el libre albedrío se verifique: es también el pretexto de que se vale la libertad para imponerse y ser ella.

Lo cual no quiere decir que el bien es únicamente el bien y que todo marcha hacia un epifánico desenlace en el que Dios triunfante se nos revela. No: incluso en el momento de la verdad, en el episodio final, cuando Domingo hace saber su identidad, que es una alegoría del universo o la naturaleza, aparece el único anarquista auténtico de la historia, Gregory, diablo mezclado con los ángeles. “Hubo un día”, afirma Bull, uno de los detectives, “en que los hijos de Dios vinieron a presentarse ante el Señor, y Satán vino también entre ellos”. La ambigüedad de Dios, que es el bien pero permite que los hombres hagan el mal si así lo escogen, y de la naturaleza, que, como Domingo, es un rostro angelical por delante y un monstruo por detrás, encierra el enigma del universo. El enigma de la ambigüedad es insoportable para el fanático, que representa exacta, minuciosamente lo contrario y que creyendo encarnar una opción incontaminada en verdad es la

extensión paradójica del bien y el precio que el bien —la libertad— exige de sí mismo para existir.

¿Cuántas noches podría respirar sin sofocarse Osama Bin Laden soñándose, como los terroristas que resultan ser detectives o el terrorista auténtico que resulta decorando cómica y ominosamente la fiesta de Domingo y los demás detectives, mera coartada del bien? Encontraría, quizá, sensación de revancha en el hecho de que la causa de la libertad, enfrentada al terror, se vuelve ambigüedad también porque, como ha pasado en los Estados Unidos después de las Torres Gemelas, el valor de la libertad cede espacios al valor de la seguridad, esas dos opciones condenadas a reñir. Pero la razón de ser del fanático que mata en nombre de su verdad no busca compensaciones tentativas. Aunque encuentre satisfacción en ellas, su fuerte, su centro de gravedad, está en la verdad que cree poseer. Sólo cuando el terrorista vea su verdad relativizada, difuminada en una ambigüedad de la que resulta que él es su propio enemigo porque sirve a la verdad que cree estar combatiendo, podrá la causa de la libertad derrotar la moral de Osama Bin Laden. Es posible que la ciencia —tan en desventaja frente a los misterios sin resolver del universo como los seis detectives intentando cazar a Domingo en vano— no haya producido un arma más eficaz contra Bin Laden que *El hombre que fue jueves*.

Por si fuera poco, Chesterton tiene previsto que usted sea escéptico, que sea un “pesimista”. Para cerrar la brecha que la ciencia humana no es capaz de superar en su afán por comprender el enigma del universo, le propone un acto de fe. De lo contrario, la frustración de no entender el misterio lo hará polvo. Bin Laden es también ese pesimista que llevamos dentro. Para acabar con él, debemos dar un pequeño salto de fe, más allá de las exigencias de la racionalidad, y aceptar que un millón de misiles chestertonianos sobre su cabeza lograrán el ambiguo y policial objetivo de librarlos de él y su especie. —

— ÁLVARO VARGAS LLOSA

ARTES PLÁSTICAS

Lo que dice la boca de la sombra

A partir de la creación de la Unión Europea y de que se ha puesto en circulación el euro, se hizo moda hablar de Víctor Hugo como de un adelantado a su tiempo, un visionario que, en diversos ensayos y discursos, propugnaba por una Europa que eliminara las fronteras políticas y económicas, planteando, entre otras cosas, una moneda para el territorio común. Hugo, en efecto, fue un adelantado a su tiempo; prueba de ello es su actividad como artista visual.

Hace tres años, con el pretexto del bicentenario de su nacimiento, que se cumplió el 26 de febrero, se filmó una versión de *Los miserables*, se multiplicaron los artículos en torno a su persona y en Francia se volvió frecuente hablar del hombre que escribió *Nuestra Señora de París* con la intención de defender el patrimonio arquitectónico gótico de ese país, y que además fustigaba en aquellas páginas contra la pena de muerte. Pero la verdadera revelación del caudal de eventos que se han dado desde hace por lo menos tres años en torno a este personaje la constituye, sin duda, la exposición titulada “Víctor Hugo, caos del pincel...”, en la cual se exhibe gran parte de los dibujos y trabajos en técnicas experimentales que el escritor realizó desde 1825 y hasta su muerte.

Yo recordaba alguna mala reproducción de uno de sus dibujos en la apollada edición mexicana de *Nuestra Señora de París*, datada en 1899 y que circuló bajo el sello de El Mundo Ilustrado, con la cual mi abuelo me introdujo en la imaginación portentosa de aquel genio. Pero lo cierto es que aquella imagen borrosa de la fachada de una iglesia española no me alcanzó a presentar los alcances innovadores, verdaderamente predecesores de las vanguardias artísticas, que Víctor Hugo desarrolló en gran parte de su trabajo plástico. El título de este escrito es también el de uno de los poemas más ambiciosos e importantes



Victor Hugo, Mancha, 1874.

de Víctor Hugo; sin embargo, su condición umbrosa me sirve para resumir los dibujos y trabajos en técnicas experimentales que el poeta realizó, teniendo como materia primordial la tinta, la misma tinta con que escribió sus memorables novelas y potentes versos. Cuando hace dos años entré en la exposición que se desplegaba en el Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid, tuve la sensación de estar ante el trabajo de un autor surrealista, ante el verdadero origen de Max Ernst. En el ardiente verano madrileño del año 2000, el programa de horario nocturno del Thyssen-Bornemisza permitía un marco más adecuado a los papeles entintados del maestro francés, realizados casi todos en tonos sepia que a menudo se oscurecen hasta el negro. La obra plástica de Hugo es una concienzuda investigación técnica

ca y un espacio lúdico al mismo tiempo.

El artista experimenta imprimiendo sobre el papel un encaje mojado en tinta y utilizando la forma consecuente, en ocasiones como peñasco sobre el cual dibujará un castillo, y en otro papel como cabeza de una anciana. Del mismo modo, utiliza el papel secante para generar manchas que le parecen nubosidades o le sugieren una ave u otros seres que él termina por delinear con el pincel o la pluma. A veces, derrama tinta sobre el papel, lo dobla y así genera una imagen simétrica que deja inalterada. En ocasiones, viaja con su hijo, a quien encarga fotografiar lo que él va eligiendo: un castillo, un paisaje, un rompeolas conformado por una hilera de troncos enterrados en la playa de Jersey y en el que aparece él mismo, recargado en lo que describe como “[...] una fila de gruesos troncos

de árboles adosados a un muro, plantados en la arena, resecos, descarnados, nudosos, con anquilosamientos y rótulas, como una hilera de tibias. La imaginación, que está siempre dispuesta a aceptar los sueños para plantearse enigmas, podía preguntarse a qué hombres habían pertenecido aquellas tibias de tres toesas de altura”.

Cito este párrafo de Hugo porque su imaginación plástica funcionaba así: tomaba un motivo real y lo convertía en un enigma visual, como el champiñón que sitúa en primer plano de un dibujo, haciéndolo aparecer monstruosamente monumental en mitad del paisaje árido, o como el propio dique que describe y que copia del negativo de la fotografía que le tomó su hijo, situando el rompeolas en una atmósfera nocturna, oscureciendo toda la composición para

que las sombras sugieran con mayor fuerza la imagen de huesos pertenecientes a piernas de gigantes. Quizá Hugo es el primer artista en realizar una obra a partir no de una foto sino de un negativo, y quizá también es el único de su época capaz de cubrir toda una hoja con tinta, dejando únicamente en la parte superior una medio círculo invertido, como un escote, en el cual imprimirá sus huellas dactilares, como cabecitas que se asoman a un pozo, o simplemente, con la sugestividad erótica que esto conlleva: marcas de dedos en los límites de un escote.

Pero no conforme con lo anterior, Hugo es tachista, utiliza el accidente de la gota, aprovecha las cualidades solubles de la acuarela y la tinta para crear mares con manchas, en los cuales dibuja, con facilidad notable, desamparados barcos, lanchas y veleros que se agitan en el maremoto de la aguada. También empuña las tijeras, recorta siluetas de castillos para que se proyecten en el vacío, o pinta alrededor del trozo de hoja de donde recortó el dibujo, creando una atmósfera que remarca el misterio de la silueta faltante. Practicó el arte abstracto, anticipándose a Kandinsky y señalando rutas que después siguieron Michaux, Franz Kline y tantos otros. El *gratage*, la impresión de plantas y otros materiales sobre sus pliegos de papel, casi todos los experimentos que en el campo del dibujo abordaron los surrealistas —además de obras plenamente conceptuales, como escribir la palabra *alba* sobre una línea azul y horizontal—, los inventó Hugo en pleno siglo XIX y, como rúbrica de sus creaciones plásticas, en ocasiones hace crecer su nombre entre los paisajes de sus dibujos, como quien sabe que sufre de gigantismo creativo y pone sus iniciales a flotar sobre una fortaleza.

Víctor Hugo es así un padre no reconocido del arte vanguardista y contemporáneo, que en una actitud duchampiana ofrecía, como tarjeta de presentación a sus afines, un guijarro con su nombre escrito y un breve dibujo en el anverso de la pulida piedra. —

— FERNANDO GÁLVEZ DE AGUINAGA